

celencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva.

— En verdad, — dijo la Duquesa, — señor D. Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mías,
5 hermosas como unas flores.

— Para mí, — respondió D. Quijote, — no serán ellas como flores, sino como espinas que me punquen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo
10 merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo y que yo me sirva de mis puertas adentro^a, que yo ponga^b una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y, en resolución, antes dormiré vestido que consentir que nadie me
15 desnude.

a. ...adentro y que. TON. = b. ...yo pongo una. ARG.^{1,2}, BENJ.

14. ...antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude. — Bowle primero, y después Clemencin, dijeron que aquí D. Quijote contraviene la antigua usanza de los caballeros andantes. Á nuestro parecer es todo lo contrario, pues se ajusta perfectamente á lo que se lee en el cap. 2 de la primera parte cuando le dice el ventero: «— Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.» Á lo que contesta nuestro hidalgo: «— Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear.» En el cap. 8 se añade: «Toda aquella noche no durmió D. Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas.» En el 11, después de haber cantado el pastor Antonio su romance, le ruega D. Quijote que continúe su canto. Opónese á ello Sancho, pues dice que tiene más ganas de dormir que de oír cantar, y que mejor sería acomodarse para pasar la noche. Á lo cual contesta su amo: «...acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo.» Léese también en el cap. 42, en la casual reunión del cura, el barbero, D. Fernando, Cardenio, el cautivo, el oidor con su hija, Dorotea, Luscinda y Zoraida, que D. Quijote se ofrece á hacer la guardia del castillo pasando la noche en vela; lo que da ocasión, terminada ésta, á la graciosa burla de la hija del ventero y de Maritornes. Además, sabemos, por lo que se refiere al final del cap. 8 de esta segunda parte y en el 9, que no llegó al Toboso hasta entrada la noche, quedándose entre la floresta que cerca la ciudad había. Dícese también, á la conclusión del cap. 19 de esta misma parte: «No quiso entrar en el lugar D. Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos.» En el cap. 60 se escribe que, mientras duerme Sancho, su señor está velando, pensando del

— No más, no más, señor D. Quijote, — replicó la Duquesa: — por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar^a la decencia del señor D. Quijote, que, según se me ha traslucido, la^b que más campea entre sus muchas virtudes es la
5 de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vístase á sus solas y á su modo, como y cuando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, por que ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea
10 del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero; y los benignos cielos infundan en el corazón de Sancho Panza, nuestro gobernador, un^c deseo de acabar presto sus disciplinas, para que vuelva á gozar, el mundo, de la belleza de tan
15 gran señora. »

Á lo cual dijo D. Quijote: «— Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala; y^d más venturosa y más conocida será en
20 el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza que por todas las alabanzas que puedan darle^e los más elocuentes de la tierra.

— Agora bien, señor D. Quijote, — replicó la Duquesa: — la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar: venga vuesa merced, y cenemos, y acostarése temprano, que el viaje que ayer
25 hizo de Candaya no fué tan corto que no^f haya causado algún molimiento.

a. ...de descabalar la. BAR. = b. ...traf-
lucido lo que. TON. = c. ...un vivo deseo.
ARG.^{1,2}, BENJ. = d. ...mala, ni mas.

BR.³. — ...mala: Mas. TON. = e. ...puedan darle los. MAI. = f. ...no le aya caufado. TON.

modo como podrá desencantar á Dulcinea. En el 68 se lee: «— Duerme tú, Sancho... que naciste para dormir; que yo nací para velar.»

Luego, al decir D. Quijote «antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude», no contravino para nada la antigua usanza de la caballería, como pretendieron Bowle y Clemencin.

2. ...daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella. — Se han notado ya construcciones análogas, como lo es también esotra del cap. 71: «...porque merecía cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo.»

Hoy diríamos: «...daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, y menos una doncella.»

— No siento ninguno, señora, — respondió D. Quijote; — porque osaré jurar á vuestra excelencia que en mi vida he subido sobre bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin más ni más.

— Á eso se puede imaginar, — respondió la Duquesa, — que, arrepentido del mal que había hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debía de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y, como á principal y que más le traía desasosegado^a vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas^b cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran D. Quijote de la Mancha. »

De nuevo nuevas gracias dió D. Quijote á la Duquesa; y, en cennando, D. Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temía de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginación la bondad de Amadís, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y, al descalzarse, ¡oh desgracia indigna de tal persona!, se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase^c la limpieza de su poli-

a. ...defafogegado. BR. 4. — b. ...sus apagadas cenizas. ARG. 1. — c. ...defaere- ditafen. C. 4. V. 3. BR. 4. 5. BAR., BOV. — ...desaereditasen. PELL., MAI.

3. ...no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura. — Hoy, como en los días de Cervantes, deshacerse de... tiene aire castizo por sus cuatro costados, y ha de ser difícil que caiga en olvido.

« MELIBEA. — ¡Oh cuan dulce me es oírte! De gozo me deshago: no ceses por mi amo. » (*La Celestina*, acto XIX.)

« Si se le quita (al primo) el poder, es menester dárselo á otro, y nos saldrá peor. Yo no sé más secreto de que se acabe esta pejuquera de la tal casa que deshacerme de ella, ó por venta, ó por rifa, ó por donacion. » (MORATÍN. *Obras póstumas*, t. III, pág. 65.)

21. ...se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía. — « Es probable que la suciedad de las ventas y posadas de Castilla y Andalucía y en las cárceles de Castro del Río, Valladolid y Sevilla, en donde toda incomodidad tiene su asiento, exaltaran, por el contraste, la afición de Cervantes á la limpieza; afición que se revela en muchos pasajes del *Don Quijote*: « Sácame de este peligro, rogaba á Sancho desde la carreta que le conducía encantado; sácame que no anda todo muy limpio »: luego, entre los sanos consejos que le daba viéndole gobernador electo de la insula Barataria, figura este

cia, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía.

Afigióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde una onza de plata: digo seda verde porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo 5 dijo: « — ¡Oh pobreza, pobreza! No sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte dádiva santa desagradecida.

en primer término: *lo primero que te encargo es que seas limpio y que te cortes las uñas*. Pupilo de los Duques, se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media que quedó hecha una celosía. Pero estos no eran más que anhelos por un mundo mejor. » (GÓMEZ OCAÑA. *Obra citada*, pág. 100-101.)

6. « — ¡Oh pobreza, pobreza! No sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte dádiva santa desagradecida. — Á cuantos conozcan la vida y escritos de Juan de Mena (este es el nombre del gran poeta cordobés á quien se alude en el texto), no sorprenderá se haya traído después en alabanza suya el mismo elogio que de Ennio había hecho el autor de las *Instituciones oratorias*.

Decía así Quintiliano: « Venerémosle como á la vieja encina de un bosque sagrado, que infunde majestad y reverencia, aunque no atraiga los ojos con su hermosura. »

Quien ha merecido le dediquen sendas biografías, la del Comendador Griego y la de Valerio Francisco Romero; que se le consagren noticias, aunque breves y no muy seguras, como las de Juan de Lucena, y referencias al modo de las que tocante á él se hicieron en las *Crónicas*, aun descartando las anécdotas del apócrifo *Centón epistolario*; quien goza comentadores muy estimables, el Comendador Hernán Núñez y el Brocense; quien fué llamado príncipe entre los cultivadores del Arte mayor, y, finalmente, quien se hizo digno de la confianza de su rey D. Juan II, de la amistad de D. Álvaro de Luna y de la protección de un Mecenas como el Marqués de Santillana; el que puede ostentar tantos títulos de gloria literaria, no ha de estimarse en verdad como escritor de escasa valía.

Veamos si á todo ello corresponde la breve noticia encerrada en estas líneas.

Fué su patria Córdoba, en la que nació el año de 1411, como antes lo había sido de Lucano.

Su muerte acaeció en 1456 en Torrelaguna.

Pocas noticias han llegado hasta nosotros de la familia de Juan de Mena, lo mismo que de sus estudios. Se infiere, por ciertos versos del *Epicelio*, que era nieto del señor de Almenara Rui Fernández de Peñalosa; que comenzó sus estudios en Salamanca á la edad de veintitrés años, continuándolos luego en Córdoba, y, al fin, en Roma, quizá á la sombra de algún Mecenas eclesiástico.

Restituido á España, se le nombró *secretario de cartas latinas*, sin duda por su fama de humanista. La de poeta vino más tarde.

Caballero veinticuatro de Córdoba, cronista regio, aunque nada suyo haya en la *Crónica de Don Juan II*, y poeta oficial de la corte, son mercedes con que se le honró más tarde. Sus versos, de varia índole, *El triunfo de Ol-*

Yo, aunque moro, bien sé, por la comunicación que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero, con todo eso, digo que ha de tener mucho

medo, las *Coplas á Don Álvaro de Luna*, las de *La panadera*, si realmente le pertenecen, no fueran parte á la perpetuidad de su nombre.

De su prosa sólo quedan dos muestras: el comentario al poema *La coronación*, y una como traducción sintética de la *Iliada*, impresa más tarde en 1519 en la ciudad de Valladolid. En la poesía cortesana nos dejó rasgos de gracia y gentileza. De sus poesías ligeras merece particular mención la que comienza:

« Donde yago en esta cama,
La mayor pena de mí
Es pensar cuando partí
De entre brazos de mi dama. »

Estos versos, y esotros:

« Los sus bultos virginales
De aquestas doncellas nueve,
Se mostraban bien atales
Como flores de rosales
Mezcladas con blanca nieve. »
(Poema de *La coronación*.)

pesan bien poco, dice un crítico, en la obra poética de Juan de Mena, ni se hubieran salvado del naufragio de la poesía de los cancioneros si no los amparase el nombre del autor de *Las trescientas*, á cuyo poema pertenece la famosa sentencia recordada por Cervantes:

« ¡ Oh vida segura la mansa pobreza,
Dádiva santa desagradecida:
Rica se llama, no pobre la vida
Del que se contenta vivir sin riqueza! »

Al relatar Lucano aquel momento en que César fué á interrumpir el tranquilo sueño del barquero Amicles en su pobre choza, dijo:

« *O vitæ tuta facultas*
Pauperis, angustique lares! O munera nondum
Intellecta Divum. »

Porque Juan de Mena era digno de contemplar la *Iliada* en su primitiva belleza, se ha dicho: en su admiración anda mezclado cierto género de simpática tristeza, como la de quien se encuentra á la puerta del alcázar de la suprema deidad clásica, más bien presentida y amada que conocida; pero que carece de llave para penetrar en tan excelsa morada.

Sus obras literarias, propiamente dichas, son *La coronación*, *Los siete pecados mortales* y *El Labyrintho*.

En *La coronación* apenas si se encuentran más que cinco versos dignos de un poeta:

« Los sus bultos virginales... »

de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: « Tened todas las cosas como si no las tuviédeses »; y á esto llaman

Los siete pecados mortales, que llevan también el nombre de *Debate de la Razón contra la Voluntad*, constituyen un poema menos malo que el anterior.

El Labyrintho, cuya primera fecha pertenece al año de 1444, lo forman trescientas estancias. Las veinticuatro, añadidas por mandamiento regio, son una composición aparte, aunque del mismo metro, estilo é intención política. Cuatro cosas señala el mejor crítico de nuestra literatura en esta obra verdaderamente alegórica, á saber: el plan, los episodios, la versificación y el estilo.

« Juan de Mena, que, en cuanto al estilo, no sufre comparación con el arte exquisito del Petrarca, tenía, sin embargo, alma más dantesca que él y que la mayor parte de sus imitadores. Sentía en grado eminente la poesía histórica, en especial la más próxima á su tiempo, y en esta parte se parece á Dante, sin imitarle de propósito en ningún episodio, sino por cierta oculta analogía de naturaleza. Otras partes del genio de Dante le fueron de todo punto negadas, y no hay que aplastarle bajo el peso de una comparación que sería insensata. Aun entre los poetas castellanos de su escuela hay algunos que reproducen mejor ciertas excelencias del modelo: en la poesía teológica, por ejemplo, el sevillano Juan de Padilla se levanta con inspiración muy verdadera, y si no merece el nombre de *Dante español* que le dió su apasionado editor de Londres, bien puede decirse (y no es pequeña alabanza para el humilde monje cartujo) que es uno de los raros imitadores del gran poeta florentino, que alguna vez hacen pensar en lo más trascendental é inaccesible de la poesía dantesca. »

Fué rasgo de discreción en Juan de Mena no empeñarse, como Micer Imperial y tantos otros, en una imitación directa, y hasta evitar en lo posible todo encuentro con palabras ó historias de las contenidas en la *Divina Comedia*. Quería hacer obra nueva y con distintos materiales; y además, con el influjo de Dante se mezclaban en su educación otros no menos poderosos y de distinta índole. Tomó, pues, del *Paradiso* la idea general de los círculos de los siete planetas, poniendo en cada uno á los personajes ilustres que habían estado sometidos á la influencia de cada signo, por este orden: la Luna, Mercurio, Venus, Febo, Mars, Júpiter y Saturno. Pero la alegoría de las ruedas de la Fortuna parece original, y no carece de belleza. Los dragones que tiran el carro de la madre Belona arrebatan al poeta en su rápido curso y le hacen descender en medio de una desierta llanura

« Como á las veces el águila suelta
La presa que bien no le hinche la mano... » (1)

Se ha comparado, y no es poca gloria para nuestro poeta, el episodio del llanto de Lorenzo Dávalos con el de la madre de Eurialo, en el libro IX de la *Eneida*. En verdad, escribe Quintana, « un artista inteligente preferiría sin duda la composición del escritor castellano á la del latino. Una mujer anciana en una muralla, rodeada de soldados y desolándose al ver la cabeza de su hijo llevada en una pica por los enemigos en el campo, no produciría en

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO. *Antología de poetas líricos castellanos*, t. V, pág. CLXXI.

pobreza de espíritu. Pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo), ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente? ¿por qué los obligas á dar pantalia á

un lienzo el efecto que aquel cuerpo sangriento, tendido en las andas, y la venerable matrona saliendo del desmayo que al principio le causa su vista, y besando la boca fría de su hijo, como para llamarle á la vida y comunicarle su aliento».

El carácter nacional de la parte histórica del poema le hace por todo extremo interesante. Ciertamente, al autor del *Labyrintho* pertenece la visión de la patria una, entera, gloriosa, tal como salió del crisol romano.

Larga habrá parecido la digresión; mas no ha sido nuestro propósito dilatar las páginas de este capítulo, antes bien suplir deficiencias, así como rectificar opiniones emitidas por Clemencín y Amador de los Ríos.

Pero, volviendo al punto de la *pobreza*, importa traer aquí observaciones tan juiciosas como las que se leen en *La Filosofía del Derecho en el «Quijote»* (1):

«Adelantemos que Cervantes, por medio del Caballero, evoca poéticamente en otro lugar, aquellos benditos tiempos en que no eran conocidas las palabras, *mío* y *tuyo*.

También QUEVEDO, á la manera del Manco, intentó la conversión recíproca de los términos, «pobreza» y «riqueza» (2). Ni otra es la aspiración de los grandes místicos (3). Mas arriba hemos expuesto las doctrinas de la época relativas á la mendicidad y á la limosna (4). Y cómo no recordar ahora, para mejor vivir las ideas cervantinas, aquellas furibundas invectivas de LUIS VIVES y del Padre MARIANA contra los poseedores egoísticamente de las riquezas, por otro nombre, «ladrones»? (5). No llega acaso hasta lo singular y subversivo un BARTOLOMÉ DE ALBORNOZ, cuando en nombre del socorro y la limosna de los vivos condena «las fundaciones de colegios, hospitales, monasterios, patronazgos, capellanías, casamientos de huérfanos y otras cosas semejantes»? (6).»

(1) CARRERAS Y ARTAU, pág. 328.

(2) «En su *Introducción á la vida devota*, trata «de la pobreza de espíritu observada entre las riquezas» y de «cómo se ha de practicar la pobreza real, quedando con todo eso realmente ricos». V. los caps. 14 y 15 de la 3.ª parte. Ibid., págs. 296 y 297.»

(3) «V. Fr. LUIS DE GRANADA, los «remedios contra la avaricia» que propone en el c. V, l. II de *La guía de pecadores*, ibid. p. 127. — Fr. MELCHOR CANO trata el mismo asunto en su *Tratado de la victoria de sí mismo*, cit. caps. 12 y 13, p. 313, etc., etc.»

(4) «V. el cap. V, p. 177 y 178.»

(5) «VIVES: «Sepa por esto cualquiera que posee los dones de la naturaleza, que si hace participante de ellos á su hermano necesitado, los posee con derecho y voluntad, institución, intento y disposición de la naturaleza misma; pero si no, es un ladrón y robador convicto y confeso por la ley natural, porque ocupa y retiene lo que no crió la naturaleza para él solo», *Del socorro de los pobres*, l. I, ibid., p. 274. — MARIANA: «La primera razón que debe tener un príncipe para aliviar la miseria y socorrer la plebe consiste en que si los ricos se viesen obligados á derramar lo que sin medida alguna acumularon, pertenecerían aquellas riquezas á muchos, y no faltarían á nadie alimentos que para todos nacen», *De rege*, l. III, c. 8.»

(6) «¡Porque no es cosa de reir — añade — que dejemos morir los nacidos para remediar los que están por nacer», *De la limosna*, ibid., p. 232. — Sustenta un pensamiento análogo SETANTI, en su centella 253.»

los zapatos, y á que, los botones de sus ropillas, unos sean de seda, otros de cerda y otros de vidrio^a? ¿por qué sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? — (Y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidón y de los cuellos abiertos.) Y prosiguió: — ¡Miserable del bien nacido que 5

a. ...vidrio. A., ARR., CL., RIV., GASP., MAL., FK.

2. ...¿por que sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? — «Acanalado», «alechugado», «apanalado» ó «escarolado», decíase de un adorno antiguo de lienzo sobrepuesto al cuello de la camisa, encañonado y abierto con molde.

En la *Pragmática de lasas*, impresa en 1680, folio 44, se lee: «De aderezar un cuello para estudiantes, dos cuartos.»

En las *Obras poéticas* de D. Jerónimo Cáncer, folio 98, se dice:

«Le corté á cercen el cuello,
Que, como era *escarolado*,
Lo destruyó la cuchilla
En lugar de aderezallo.»

5. — ¡Miserable del bien nacido... hambre de su estómago! — «Por lo que hace á los hidalgos, no todos comían, como D. Quijote, «una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas el viernes, y algún palomino de añadidura los domingos»; los había como aquel á quien sirvió Lazarillo en Toledo, que por toda provisión bucólica tenía un cántaro de agua (1); y, sin añadir los ejemplos que nos brindan las obras de Mateo Alemán (2), Vicente Espinel (3), Quevedo (4) y Calderón (5), el propio Cervantes nos pinta, á lo Velázquez, la vida del hidalgo pobre: «miserable del bien nacido que va dando pistos á su obra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle después de no haber comido cosa alguna que le obligue á limpiárselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herrero y la hambre de su estómago».

Esta pintura es del natural, y no de experiencia ajena, sino propia; porque ¿quién mejor para describir apuros que el propio *Manco Sano*, cesante en Sevilla y obligado, para hallar el sustento, á operaciones financieras tan complicadas como comprar al fiado y con fiador vituallas que luego vendía á los mestres de los barcos (6)?

El hidalgo mal comido vive aún entre nosotros, y se titula D. Fulano de Tal, empleado, ó D. Mengano de Cual, rentista de más familia que caudal.» (GÓMEZ OCAÑA. Obra citada, pág. 94-95.)

(1) HURTADO DE MENDOZA. *Lazarillo de Tormes*, trat. III.

(2) *Guzmán de Alfarache*, parte II, lib. III, cap. 4.

(3) *Vida del escudero Marcos de Obregon*, parte I y II, descanso 8.

(4) *Vida del gran tacaño*, cap. 3.

(5) *El Alcalde de Zalamea*.

(6) RODRÍGUEZ MARÍN. *El Loaysa «del Celoso extremeño»*. Sevilla, 1901; pág. 20-21.

va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle después de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos! ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa

5 que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago!»

Todo esto se le renovó á D. Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le había dejado unas botas de

10 camino, que pensó ponerse otro día. Finalmente, él se recostó^a pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacía como de la irreparable^b desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otra^c color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su

a. ...se acosto pensativo. TON. — b. ...la irreparable. TON., GASP., MAL., BENJ., FK. — c. ...de otro color. A., PELL., ARR., CL., RIV., GASP., MAL., FK.

3. ¡Miserable de aquel...! que tiene la honra espantadiza. — «Tener la honra espantadiza» dicese del que, estimándose en más de lo que vale, piensa, cual si fuera de vidrio, que todo puede mancharlo ó empañarlo.

5. ...el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero... esto se le renovó á D. Quijote en la soltura de sus puntos. — Subsiste todavía la significación de soltura en el sentido que le da aquí el autor; pero, para mal de nuestra lengua, el uso ha ido arrinconando aquella otra acepción:

«Por la mañana prieta todos armados seades.
Decirvos ha la Misa é pensar de cavalgar,
El Obispo Don Hieronymo soltura nos dará.»

(Poema del Cid, versos 1695-97.)

10. ...se recostó pensativo y pesaroso... Mató las velas. — También aquí se ha cebado la crítica.

«Recostarse, — dice el perpetuo reprochador, — no es lo mismo que acostarse, que es lo que se debió decir. Y fué impróprio contar que mató las velas después de acostarse, operacion que naturalmente hubo de seguir á aquella. En todo esto se advierte la negligéncia y falta de lima con que escribía Cervantes.»

Lo que dice es que D. Quijote se recostó, no queriendo expresar con ello que se hubiese acostado definitivamente; y, aun dando por supuesto que lo hubiese hecho, no ha de tenerse por cosa tan única y singular el acostarse, leer un poco y matar la vela después, cosa muy corriente entre los que no lo gran reconciliar el sueño desde el primer momento. Por poca atención que se preste á la lectura, se echará de ver, como se lee al final de este capítulo, que el hidalgo «...cerró de golpe la ventana, y, despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho.»

prolija estrechez. Mató las velas: hacía calor y no podía dormir.

1. ...hacia calor y no podía dormir. — «Todavía sobresale el mérito geográfico-astronómico de Cervantes en la consecuencia que guardó respecto de la estación en que supone viajando á su hidalgo. Plúgole que las tres salidas del héroe manchego fuesen en verano, y que los cinco ó seis meses que dura la acción de la fábula corriesen dentro de los de Junio, Julio y Agosto. No importa averiguar por qué prefirió la estación ardorosa para las hazañas caballerescas, aunque parezca obvio que á la locura del protagonista le venia de molde la época del gran calor, que exalta la imaginación; pero si admira que, escribiendo una obra fantástica y de ficciones, ni una sola vez se olvidase del propósito, ni al citar fechas, ni al indicar afecciones atmosféricas, ni al referir cosa alguna que tenga relación con los temporales. Esto no se consigue sin un plan premeditado con la instrucción y talento necesarios.

Tres solas fechas se ponen en la historia de D. Quijote, y todas corresponden al verano. La carta para Dulcinea, escrita en Sierra Morena, es de veinte y siete de Agosto; la de Sancho á su mujer, desde el castillo del duque, fué el veinte de Julio; y la del duque al gobernador, anunciándole la conspiración de la isla, tiene la data á diez y seis de Agosto. Aunque sólo se da un extracto sin fecha de la de Roque Guinart á sus amigos de Barcelona, léese el anuncio de que don Quijote se presentaría en la ciudad el día de San Juan Bautista, que es el veinte y cuatro de Junio. Véanse otros muchos testimonios de que era tiempo de estío.

La primera vez que salió don Quijote de su pueblo el sol entraba muy aprieta y con mucho ardor. Al llegar á la venta descubrió su polvoroso rostro, y cenó á la puerta por el fresco. Cuando encontró á los mercaderes toledanos estos venian con quitasoles. En la segunda salida que hizo con su escudero, por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol no les fatigaba. Los cabreros tenían el zaque colgado de un árbol, por que se enfriase el vino. El día de la aventura con los yangüeses, en un fresco y ameno pradillo pasaron las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Cansado Sancho de los desmanes escuderiles, quiere volverse á su casa, y da por razón de hacerlo entonces, ahora que es tiempo de siega. Cuando el cura y el barbero fueron á ver su loco paisano á Sierra Morena, el calor y el día era de los del mes de Agosto. Las bodas de Camacho se celebraban en el frescor de la mañana y no en el calor de la tarde. Al salir de la cueva de Montesinos eran las cuatro de la tarde, y el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dió lugar á que sin calor contase lo que habia visto ó soñado. Preguntando al militar mancebo que encontraron por qué iba horro y en mangas de camisa, responde que el caminar tan á la ligera lo causaba el calor y la pobreza; á lo que don Quijote repona que por el calor bien puede ser. En el palacio del duque don Quijote se fué á reposar la siesta, y Sancho con la señora y las doncellas estaban en una muy fresca sala, afectando el escudero, por cortesía ó jactancia, que renunciaba á su costumbre de dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano. Hallándose de campo con los señores del castillo, vino la noche no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano. Otra noche, que Altisidora dió música al enamorado caballero, hacia calor y no podía dormir el huésped, por lo que se levantó y abrió la ventana que daba al jardín: y la doncella Emerencia decia á su compañera de broma que si el ama oyese la serenata y las sintiese levantadas, echarian la culpa al calor que hacia. Por detenerse

Levantóse^a del lecho y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardín, y al abrirla sintió y oyó que andaba

a. ...levandándose. BAR.

Sancho con Ricote, á su regreso del gobierno, tuvo que hacer noche al raso; pero como era verano no le dió pesadumbre. » (*Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, t. XLVII, primer trimestre de 1905, pág. 42.)

1. ...y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardín. — Después de haber juntado en uno la soledad y pobreza, superlativo del infortunio, presenta Cide Hamete al héroe abriendo la ventana, no como el autor de *Noche serena* para buscar argumento que realce las maravillas de la creación, sino ambiente que pudiera mitigar sus penas.

Que al escribir *La española inglesa* no puso el autor sus ojos en el modelo vivo, ya que no son personajes de carne y hueso ni Isabela, ni Ricaredo, ni el conde Arnesto (para no citar más), es cosa muy sabida. ¿Acontece lo mismo en este pasaje ó se copió directamente del natural la desenvoltura de Altisidora? ¿Perdió aquí Cervantes mucho de su personalidad artística? La situación, con todo y ser cómica en extremo, responde negativamente.

Escenas en que la *ventana* da cuerpo á narraciones cervantinas abundan en las obras de nuestro novelista.

«...y despues que la camarera alcanzó lo que por entonces deseaba, contó á la reina los amores de su hijo, y como temia que si no le daban por mujer á Isabela, ó se habia de desesperar, ó hacer algun hecho escandaloso; y que si habia pedido aquellos dos dias, era por dar lugar á que Su Magestad pensase qué medio seria apropósito y conveniente para dar á su hijo remedio. La reina respondió que si su real palabra no estuviera de por medio que ella hallara salida á tan cerrado laberinto; pero que no la quebrantaria ni defraudaria las esperanzas de Ricaredo por todo el interés del mundo.

Esta respuesta dió la camarera á su hijo, el cual, sin detenerse un punto, ardiendo en amor y en celos, se armó de todas armas y sobre un fuerte y hermoso caballo se presentó ante la casa de Clotaldo, y á grandes voces pidió que se asomase Ricaredo á la *ventana*, el cual á aquella sazón estaba vestido de galas de desposado y á punto para ir á palacio con el acompañamiento que tal acto requeria. » (*La española inglesa*, 143.)

«Sintió Leocadia que quedaba sola y encerrada, y levantándose del lecho, anduvo todo el aposento tentando las paredes con las manos por ver si hallaba la puerta por do irse, ó *ventana* por do arrojar: halló la puerta, pero bien cerrada, y topó una *ventana* que pudo abrir, por donde entró el resplandor de la luna tan clara que pudo distinguir Leocadia los colores de unos damascos que al aposento adornaban. » (*La fuerza de la sangre*, 155.)

«Admirados quedaron de tanta cristiandad los abuelos; pero la madre quedó más admirada porque, habiendo con las nuevas del cirujano sosegándose algun tanto su alborotado espíritu, miró atentamente el aposento donde su hijo estaba y claramente por muchas señales conoció que aquella era la estancia donde se habia dado fin á su honra y principio á su desventura, y aunque no estaba adornada de los damascos que entonces tenia conoció la disposicion della, vió la *ventana* de la reja que caia al jardín, y por estar cerrada á causa del herido, preguntó si aquella *ventana* respondia á algun jardín. » (*La fuerza de la sangre*, 157.)

y hablaba gente en el jardín. Púsose á escuchar atentamente. Levantaron la voz los de abajo; tanto, que pudo oír estas razones:

« — No me porfies, ¡ oh Emerencia!, que cante, pues sabes que, desde el punto que este forastero entró en este castillo y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar, cuanto más que el sueño 5 de mi señora tiene más de ligero que de pesado, y no querría que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo. Y, puesto caso que durmiese y no despertase^a, en vano sería mi canto si duerme, y no despierta para oírle, este nuevo Eneas que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida^b. 10

— No des en eso^c, Altisidora amiga, — respondieron^d; — que, sin duda, la Duquesa y cuantos hay en esta^e casa duermen, si no es el señor de tu corazón y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abría la ventana de la reja de su estancia y, sin duda, debe de estar despierto. Canta, lastimada mía, en tono bajo y suave, 15 al son de tu arpa; y cuando la Duquesa nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace.

a. ...despertarse. TON. — b. ...escarnida. V.3, BAR., BOW. — c. ...en esto. BR.4. — d. ...respondió. TON. — e. ...en esta casa. C.4, V.3, BR.4, BAR., BOW.

9. ...este nuevo Eneas que ha llegado á mis regiones. — Muy en armonía con lo cómico de la situación, la supuesta princesa emplea aquí, cual si poseyese vastos territorios, el, en este caso, pomposo nombre de *regiones*.

10. ...para dejarme escarnida. — Tomando por escarnio y burla el desdén de D. Quijote, Altisidora, que no tiene como estigma el uso de ciertos vocablos antiguos, emplea, por creer que con ello da más fuerza á su ofendido amor, la palabra *escarnida*, que todavía subsiste en catalán, y de la que no faltan ejemplos en castellano.

« Tanto mal comedieron los Infantes de Carrion:
Bien lo creades, Don' Elvira é Doña Sol:
Aquí seredes *escarnidas* en estos fieros montes:
Oy nos partiremos y dexades seredes de nos:
Non abredes part en tierras de Carrion:
Hyran aquestos mandados al Cid Campeador
Nos vengaremos aquesta por la del Leon. »

(*Poema del Cid*, verso 2725.)

« Despues dijo: « Don Falso, descreido malo, mentistes, ca ya por vos no serán deshonorados los nobles hombres de los cristianos, ni *escarnidos*. » (*La gran conquista de Ultramar*, lib. II.)

16. ...y cuando la Duquesa nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace. — Según Ríos, en su *Cómputo cronológico del « Quijote »*, pasaba esta escena en la noche del 31 de Octubre al 1.º de Noviembre, época nada calurosa,